

«LA HUMANIDAD DE LA CIENCIA DEL COMPORTAMIENTO»

Unas notas de homenaje póstumo a B. Frederick Skinner

Jose Ignacio Felipe Marcet
Psicólogo

«Como la humanidad de un riñón artificial, la humanidad de la ingeniería de la conducta no estriba en sus orígenes sino en su uso.»

B. F. SKINNER

A lo largo de la historia de la humanidad, la ciencia y la técnica han sido muy frecuentemente utilizadas con fines poco éticos. Quizá por eso, entre otros muchos factores, quienes han defendido y defienden la necesidad de una ciencia del comportamiento humano topan con tanta frecuencia contra un muro de incomprensión defendido por quienes claman ante el supuesto peligro de que una ciencia del comportamiento, y más aún una «ingeniería de la conducta» como le gustaba decir a Skinner, convierta al ser humano en poco más que una máquina biológica.

Sin embargo, nuestro propósito es defender, desde una simple lectura de la obra de Skinner, el hecho de que la ciencia del comportamiento es una construcción fundamentalmente *humanista*. Hu-

manista por su buen uso, por su correcta aplicación en bien de la humanidad.

B. Frederick Skinner, fallecido el pasado verano víctima de una leucemia, fue un iniciador, un pionero de la ciencia comportamental, el cual, a través de su ingente producción investigadora e intelectual, nos convenció de la necesidad que tiene la psicología de sustentarse en una base científico-natural, que no es en absoluto incompatible con una visión del mundo y un quehacer cotidiano profundamente *humanistas*.

ANTECEDENTES

Mediante la amena lectura de la autobiografía de Skinner, podemos hallar fácilmente tres grandes tipos de antecesores de su obra: filosóficos, fisiológicos y psicológicos.

Antecedentes filosóficos:

El propio Skinner narra que fue «convertido» al conductismo por el filósofo *Bertrand Rusell*, cuya obra *Filosofía* «... comienza con una atenta declaración acerca de diversas cuestiones epistemológicas, suscitadas por el conductismo, con-

siderablemente más elaboradas que ninguna de las que haya podido exponer Watson». Sin embargo, a Skinner dejó de interesarle la lectura de esa obra hacia la mitad y, por tanto, «... me perdí el último tercio del libro, donde Russell se lanza a refutar la teoría conductista». A pesar de este último extremo, creemos que a la vista de estos textos está bastante justificado que podamos mencionar a Bertrand Russell como el principal antecedente, o al menos inductor, filosófico de Skinner.

Antecedentes fisiológicos:

La fisiología de principios de este siglo, y más concretamente la obra del fisiólogo ruso *I. P. Pavlov*, forman un sólido antecedente de los trabajos de Skinner desde que en 1928 fue admitido como estudiante de Psicología en la Universidad de Harvard y en lo sucesivo, hasta que en 1936 introduce por vez primera la distinción entre condicionamiento clásico y condicionamiento operante.

Antecedentes psicológicos:

Skinner había leído a *John B. Watson* incluso antes de comenzar sus estudios universitarios de Psicología. Muy probablemente la lectura de Bertrand Russell antes mencionada le llevó a leer al fundador del Conductismo y a cautivarse por aquella todavía nueva corriente. Pero junto a Watson hay que citar en justicia a otro autor demasiadas veces olvidado: el introductor de la Ley del Efecto, *Edward L. Thorndike*. Cuentan que durante una reunión anual de la Asociación Americana de Psicología cierto psicólogo reprochó públicamente a Skinner el que su famosa «Caja de Skinner» no era más que una copia de la no menos famosa «Caja-Problema de Thorndike». Cuentan también que Skinner respondió diciendo que es tan evidente que su Caja es una adaptación de la de Thorndike que no le había parecido necesario afirmarlo expresamente. Sirva esta pequeña anécdota para subrayar que no sólo Watson sino también Thorndike están a la base de la psicología skinneriana y conductual.

Pero volviendo a tomar el hilo de la cuestión, podemos resumir los antecedentes de Skinner con esta frase suya grandemente clarificadora: «... comencé a formar una biblioteca, que inicié con la

Filosofía de Bertrand Russell, el *Conductismo* de John B. Watson y *Reflejos Condicionados* de I. P. Pavlov: los libros que me habían preparado, pensaba yo, para la carrera de Psicología».¹

DOS TIPOS DE COMPORTAMIENTO: OPERANTE Y RESPONDIENTE

Como ya hemos mencionado anteriormente, en la primavera de 1936 tuvo lugar por vez primera la trascendental distinción entre dos tipos de condicionamiento: operante y respondiente. Skinner había entrado en la psicología de la mano del reflejo, en el que llevaba trabajando algunos años, ya desde antes de doctorarse, y en abril de ese mismo año escribió una carta a su amigo y también psicólogo *Fred Keller* en la que le comunicaba como primicia: «Tengo dos tipos de comportamiento: operante y respondiente. Para el primero no hay estímulo provocador (puede haber estímulos discriminativos). El operante es un reflejo castrado, sin estímulo».²

Resulta como mínimo llamativo en esta cita textual el hecho de que Skinner no hablaba de dos tipos de *condicionamiento* sino de dos tipos de *comportamiento*. Es evidente que para él, al menos en 1936, habría dos tipos de conducta claramente diferenciables.

La conducta respondiente sería la que se atiene al paradigma E-R, tan denostado en nuestros días. En este tipo de comportamiento hay un estímulo que provoca o elicit una respuesta, y su ejemplo clásico sería el de los perros de Pavlov.

La conducta operante sería aquella en la cual no podemos localizar ningún estímulo específico que provoque la respuesta, aunque sí actúan los llamados «estímulos discriminativos», que indican al organismo la disponibilidad actual del refuerzo. El ejemplo paradigmático es el de la rata en la Caja de Skinner. Para la rata, la palanca que aprieta para obtener el refuerzo es un estímulo discriminativo, pero la presencia de la palanca, o de una luz, o de cualquier otro estímulo, no *provoca* la respuesta.

En este punto la pregunta, y la polémica, surgen inevitablemente: ¿es posible mantener esta distinción en la actualidad? Skinner siempre fue un autor polémico. Así pues, y en memoria suya, dejemos esta cuestión abierta.



ANÁLISIS FUNCIONAL

Otro término introducido por Skinner y que ha tenido amplia repercusión en la posterior psicología clínica de orientación conductual es el de «Análisis Funcional de la Conducta» (AFC). El término como tal aparece publicado por vez primera en *Ciencia y Conducta Humana* (1953) aunque puede apreciarse un cierto esbozo del concepto en *La Conducta de los Organismos* (1938). En esta última obra, Skinner basa todo su sistema en el supuesto de que tanto la conducta como el ambiente pueden descomponerse en partes, de tal modo que, en un experimento, cada una de esas partes sufra cambios ordenados pero preserve su identidad. Los estímulos serían partes del ambiente, mientras que

las respuestas lo serían de la conducta. Esta idea, como apuntábamos más arriba, puede verse como un cierto esbozo del concepto que nos ocupa, pero el concepto mismo hay que buscarlo más adelante, a principios de la década de los cincuenta.

Skinner parte de la base de que la conducta es función de variables externas al organismo, negando la influencia de supuestos factores intrapsíquicos, llámense inconsciente, rasgos de personalidad, conciencia o cualquier otra versión. Pero aquí hay que matizar. El argumento de Skinner, según nosotros lo entendemos, se apoya en el hecho de que dichos factores intrapsíquicos no pueden ser nunca objeto de estudio científico. Nosotros pretendemos hacer ciencia y, consecuentemente, no podemos admitir dentro de nuestro objeto de estudio términos no científicos ni conceptos que escapen al alcance de la ciencia natural. Así, por ejemplo, de la *conciencia* se puede hacer filosofía, ética, moral, religión... y muchas otras cosas. Pero no se puede hacer ciencia de la conciencia, ya que en la conciencia no se puede definir operacionalmente (y mucho nos tememos que nadie sepa qué es la conciencia).

En base, pues, a esas variables externas de las que la conducta es función, Skinner propuso realizar un análisis causal o funcional en el que el objetivo último es llegar a *predecir y controlar* la conducta de un organismo individual. La conducta en cuestión se considera una *variable dependiente* en terminología experimental, mientras que las *variables independientes* son las condiciones externas de las que la conducta es función, es decir los estímulos, tanto antecedentes como consecuentes.

Todo ello dentro del marco de las ciencias naturales ya que, según Skinner, no tenemos motivos reales para suponer que la conducta tenga unas propiedades tan peculiares que nos obliguen a utilizar un tipo especial de conocimiento distinto del conocimiento científico.

En el AFC es fundamental que todas las variables, tanto de la conducta como de la situación, estén descritas en términos físicos. Hay que ahorrarse el ingente trabajo de intentar averiguar lo que una situación «significa» para un organismo, hay que evitar distinguir entre «lo físico» y «lo psíquico», no hay que confundir variables independientes (variables de la situación) con variables dependientes (las de la conducta), y, en definitiva, para hacer AFC hay que poder describir los he-

chos que le suceden a un organismo con el lenguaje de una ciencia natural y positiva.

Así, al trabajar con datos observables, no necesitamos referirnos a ningún estado interno a la hora de explicar el comportamiento. Nuestro material procederá básicamente de la observación de la conducta (todas las modalidades de observación y auto-observación), estudios de laboratorio de la conducta humana y estudios de laboratorio de la conducta de animales inferiores. Además, también hay que tener en cuenta los efectos actuales de variables situadas más o menos lejos en la historia personal del organismo.

EL CONTROL CONDUCTUAL

Ya hemos mencionado anteriormente que desde un punto de vista skinneriano, el objetivo último del Análisis Funcional y de la posterior intervención es poder llegar a *controlar* y predecir la conducta de un organismo individual. La cuestión del control de la conducta es, por tanto, un aspecto básico, y muy polémico, del sistema.

Según Skinner, la conducta se controla siempre, independientemente de que se reconozca o no dicho control. De hecho, toda conducta es función de una serie de variables o, dicho de otro modo, esas variables *controlan* la conducta. Este control puede utilizarse con fines terapéuticos (y ese sería, a nuestro juicio, el fundamento último de la terapia de conducta), así como también puede ser usado con fines poco éticos. Ahora bien, el hecho de que el control conductual pueda ser utilizado con una finalidad perversa no implica en absoluto que dicho control sea en sí mismo perverso, ya que la bondad o la maldad del control de la conducta no es una propiedad intrínseca del mismo, sino más bien del uso que de él se derive.

Tal y como decía Skinner, los científicos a lo largo de la historia no han sido capaces de evitar que sus descubrimientos fueran aplicados de forma muy distinta de sus propósitos originales. De los científicos conductuales depende el que esta ciencia desarrolle los métodos adecuados para vigilar el uso que se haga de ella. Difícil y necesaria tarea.

Una falsa «solución» a los problemas éticos planteados por el control conductual consiste frecuentemente en negar que exista tal control. Ponernos una venda en los ojos, en definitiva. Desde este punto de vista se afirma que el ser humano es libre y, por consiguiente, está fuera del al-

cance de las técnicas de control de la conducta. Esta doctrina es realmente muy atractiva, sobre todo porque habla de la voluntad y el libre albedrío.

Desde luego, resulta mucho más agradable de leer que el neo-conductismo. Pero los datos tomados de la realidad nos dicen que todos controlamos la conducta de quienes interactúan con nosotros y todos nuestros actos son susceptibles de ser puestos bajo control de personas y estímulos relevantes en nuestro medio ambiente inmediato.

Otra «solución» errónea consiste en negarse a controlar. Es decir, admitimos que existe el control pero nos negamos a ejercerlo. Sería el caso del «Laissez Faire». Sin embargo, negarse a controlar supone dejarlo todo al azar o, simplemente, poner el control en manos de otros.

En conclusión, el control de la conducta es algo que está ahí, puesto de manifiesto por los científicos conductuales. Lo mejor que podemos hacer ante él es aprovechar nuestros conocimientos para aplicar el control de una forma constructiva y no destructiva, de una manera *humanista*.

APLICACIONES

La labor investigadora de Skinner no se ha circunscrito exclusivamente al ámbito de la investigación básica de la conducta, sino que también realizó notorias incursiones en el campo de las aplicaciones prácticas de la ciencia conductual que él contribuyó a crear. En ese sentido, intervino en áreas como la educación y la industria y creó, a tal efecto, sorprendentes artilugios.

A propósito de dichas aplicaciones e instrumentos, se han vertido en ocasiones, opiniones injustas y auténticas calumnias (premeditadas o no) contra Skinner. No es nuestro propósito defender a quien siempre supo hacerlo. Sin embargo, no podemos resistir la tentación de poner un solo ejemplo acerca de cómo parte de la obra del autor que nos ocupa ha podido ser tergiversada. El autor de estas notas recuerda que cierto día, cierto profesor informaba a sus alumnos de Psicología Política que Skinner construyó un aparato de condicionamiento en el cual introdujo a su propia hija y hacía con ella experimentos. Sin duda, dicho profesor se refería a que Skinner, cuando tuvo a su segunda hija, diseñó y construyó lo que él llamaba «el Cuidador del Bebé», que no

era más que una cuna dentro de un compartimento cerrado por una mampara de cristal y acondicionado con ciertas comodidades que permitían a la niña, entre otras cosas, estar todo el día seca y sin ropa.

Pero el episodio del «Cuidador del Bebé» convertido por algunos en maléfico instrumento manipulador de niños es sólo un ejemplo, como decíamos, de las muchas aplicaciones realizadas a partir de la psicología skinneriana y de cómo estas son fácilmente manipuladas y malinterpretadas a menudo. Aparte de las aplicaciones realizadas, debemos también mencionar las muchas posibilidades, presentes o futuras, de plasmar el skinnerianismo en la práctica. Muchas de ellas se resumen en la utopía «*Walden Dos*».

«*Walden Dos*» es una novela que narra la historia cotidiana de una comunidad experimental que decide planificar su vida de acuerdo con los conocimientos aportados por la ciencia del comportamiento. Planificar científicamente la sociedad ¿para qué? Pues, por ejemplo, para vivir más tiempo y con mejor salud, para distribuir mejor los recursos, para crear el mejor sistema educativo, para formar un ambiente idóneo en el que las personas puedan trabajar en condiciones óptimas... y, en definitiva, para optimizar la calidad de vida, haciendo un gran alarde de auténtico *humanismo*.

«*Walden Dos*» nació de la lectura de la utopía «*Walden*» de *Thoreau* y de los largos paseos de su autor por el estanque de Walden. Sus principales personajes, Burris y Frazier, son dos reflejos del propio Skinner. Burris es un profesor de Psicología tipo medio que visita la Comunidad y termina quedándose a vivir allí, convencido de sus ventajas. Frazier, personaje mucho más interesante, es el creador de la Comunidad. Un profesor que abandona la Psicología académica oficial para dedicarse a la «Ingeniería Conductual» con el sano propósito de crear un mundo donde fuera posible reducir el consumo, reduciendo las necesidades y trabajar menos para trabajar todos, objetivos éstos marcadamente *humanistas*.

B. F. SKINNER: UN PSICOLOGO HUMANISTA

Estas líneas no han pretendido ser un artículo al uso, sino más bien unas breves notas tomadas a vuelapluma a partir de una lectura personal de la obra de Skinner, y en homenaje a quien fue un defini-



tivo valedor de la idea de que la psicología puede, y hasta debe, ser una ciencia positiva del comportamiento humano.

Desde los años 50 en que Skinner da a conocer el grueso de su sistema teórico en «*Ciencia y Conducta Humana*» hasta hoy han pasado muchas cosas en la Psicología científica. Demasiadas cosas como para que hoy en día nadie cometa la imprudencia de ser «skinneriano duro». Pero Skinner nos dio una lección de objetividad, de rigurosidad en el trabajo, de tesón, de iniciativa, de valor, de imaginación y de humanismo que no debemos olvidar. Entre otras cosas, porque en el olvido perderíamos nosotros.

Casi todo se ha escrito ya sobre ese hombre que dedicó no menos de 60 años de su vida a la Psicología. Pero de todo

ello, lo que más nos ha interesado subrayar, y es la razón de ser de este pequeño homenaje, es que Skinner fue, ante todo, un «*psicólogo humanista*». Y fue ese gran humanismo lo que le llevó a soñar con una «*Ingeniería del Comportamiento*» que contribuyera a hacer a todos los seres humanos un poco más justos, más libres y más solidarios e iguales.

BIBLIOGRAFIA

- SKINNER, B. F. «*Registro acumulativo*». Ed. Fontanella. Barcelona, 1975.
- SKINNER, B. F. «*Sobre el Conductismo*». Ed. Fontanella. Barcelona, 1977.
- SKINNER, B. F. «*La conducta de los organismos*». Ed. Fontanella. Barcelona, 1979.
- SKINNER, B. F. «*Autobiografía 1: Detalles de mi vida*». Ed. Fontanella. Barcelona, 1980.

SKINNER, B. F. «*Autobiografía 2: Cómo se forma un conductista*». Ed. Fontanella. Barcelona, 1980.

SKINNER, B. F.: «*Autobiografía 3: Cómo se forma un conductista*». Ed. Fontanella. Barcelona, 1980.

SKINNER, B. F. «*Walden Dos*». Ed. Martínez Roca. Barcelona, 1984.

SKINNER, B. F. «*Más allá de la libertad y la dignidad*». Ed. Martínez Roca. Barcelona, 1986.

SKINNER, B. F. «*Ciencia y Conducta Humana*». Ed. Martínez Roca. Barcelona, 1986.

NOTAS

- ¹ Cita textual de SKINNER, B. F. «*Autobiografía 2. Cómo se forma un conductista*». Ed. Fontanella. Barcelona, 1980.
- ² Cita textual de SKINNER, B. F. «*Autobiografía 3. Cómo se forma un conductista*». Ed. Fontanella. Barcelona, 1980.